

## En este numero

---

### I

El modo usual de concebir la teoría marxista define a ésta como una totalidad compleja en la que interactúan dos grandes aproximaciones cognoscitivas específicas a lo real: una general, de orden "filosófico", que sería el "materialismo dialéctico" y otra, particular, de orden "científico" dirigida hacia la comprensión de la sociedad humana y su evolución, que sería el "materialismo histórico". La teoría marxista se integraría así, en calidad de episodio conclusivo, en el *continuum* de la historia del pensamiento científico-filosófico occidental; vendría a sustituir como versión más desarrollada del saber humano, exenta de deformaciones ideológicas por el hecho de ser pensada desde la perspectiva de una clase universal, el proletariado, a otras versiones menos desarrolladas, cargadas de ideologías clasistas particulares, que le precedieron en la tarea de explicar el mundo.

Muchos han sido los intentos marxistas que se han rebelado contra esta concepción de la teoría marxista —antes, durante y después de su consolidación dogmática en la época stalinista— criticándola por el desconocimiento de la especificidad crítica del discurso de Marx que ella implica. Las dos doctrinas del marxismo oficial, el "Materialismo Dialéctico" y el "Materialismo Histórico", han sufrido bajo la acción persistente y multilateral de estas críticas un proceso de desgaste teórico del que es difícil que puedan reponerse. El discurso marxista discute hoy abiertamente, sin preferencias ni prohibiciones estatuidas, no sólo sobre la realidad que el movimiento comunista pretende revolucionar, sino también sobre sí mismo, sobre su "*status* teórico", sobre sus capacidades y sus estrategias de apropiación cognoscitiva.

El texto *Para la reconstrucción del materialismo histórico* que ofrecemos en el presente número se inscribe como un aporte más, discutible tanto en la perspectiva de su aproximación al tema como en el tratamiento al que lo somete, en la compleja discusión que intenta reconstruir y llevar adelante la "concepción materialista de la historia", inaugurada por Marx y Engels en *La ideología alemana* y reelaborada posteriormente en múltiples ocasiones y con muy variadas orientaciones por marxistas de la talla de Kautsky, Cunow y Adler, de Korsch y Lukács, de Bujarin y Wittfogel, de Horkheimer o Sartre.

Su autor es Jürgen Habermas, el sucesor de Adorno y Horkheimer en la cúspide de la "Escuela de Frankfurt" y tal vez el más original (junto con H.-J. Krahl) y completo de los teóricos marxistas

alemanes formados en la posguerra. Es conocido en español por su recopilación de ensayos *Teoría y práctica* (1963). Sus investigaciones se han dirigido tanto a la historia de fenómenos sociales fundamentales —ejemplo de esto es su estudio del proceso de aburguesamiento capitalista que ha experimentado la distinción social entre lo público y lo privado (*La modificación de la estructura de la vida pública*, 1962) — como al análisis del condicionamiento social del proceso cognoscitivo —véase su discusión con el positivismo y su libro *Conocimiento e interés* (1968)— y a la comprensión de las conexiones internas que existen en el mundo contemporáneo entre la ideología capitalista y la aplicación de la ciencia a la tecnología de la producción (*Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, 1973).

La contribución que Habermas intenta hacer a la "*reconstrucción del materialismo histórico*" se dirige principalmente (véanse *infra los* capítulos V y VI de su ensayo) o lo que en éste hay de una teoría de la evolución del género humano, de los periodos históricos que es posible reconocer en ella y del proceso de transición que media entre ellos. Se trata de la propuesta —explicada en general e ilustrada en términos histórico concretos sobre el problema del nacimiento de las sociedades de clases — de una investigación destinada a reformular radicalmente el esquema que periodiza el desarrollo histórico de acuerdo a seis modos de producción generales (comunitario primitivo, asiático, antiguo, feudal, capitalista y socialista). El concepto histórico materialista que está en el centro de la problematización habermasiana es, por ello, el de *modo de producción*. Según el autor —que va en esto contra la corriente general de los investigadores marxistas— este concepto debe ser sometido a un trabajo teórico de pulimiento sistemático, capaz de volverlo aún más abstracto de lo que es, para que pueda dar cuenta teórica de la riqueza de determinaciones que caracteriza a cada época de la historia social. Sería necesario reconocer la presencia de principios altamente abstractos de organización social que delimitan, más allá de la contradicción entre las formas de propiedad de los medios de producción y el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, las posibilidades de transición de una época a otra y la identidad concreta de cada formación económico-social.

No cabe duda de la importancia que tiene esta propuesta habermasiana de enriquecimiento teórico del materialismo histórico. En el medio latinoamericano puede además servir para ampliar el campo de la discusión marxista —dominado casi exclusivamente por la problemática abierta en los años sesenta por la corriente althusseriana— hacia modos indispensables del teorizar marxista, poco difundidos y seguidos hasta ahora.

—Bolívar Echeverría

## II

El ascenso del movimiento revolucionario centro-americano marca el inicio de un nuevo periodo en el ciclo de las luchas sociales abierto por la Revolución cubana en América Latina. En efecto, tras el triunfo de 1959, las fuerzas populares de la región han debido enfrentarse a una situación nueva, caracterizada, por un lado, por la aceleración del desarrollo capitalista y su impacto en la estructura de clases y, por otro, por la contraofensiva lanzada por Estados Unidos, a partir de una revisión radical de su estrategia mundial, la cual pasa a regirse por la doctrina de la contrainsurgencia, vale decir, por la adopción de un enfoque militar para la lucha política. Por un largo periodo de veinte años, las masas latinoamericanas y sus vanguardias probarán los más diversos métodos de lucha, construirán formas de organización las más variadas y se desgarrarán en una enconada lucha ideológica, en sus intentos por dar respuesta a la nueva situación y reencontrar el camino de las revoluciones triunfantes. Es en Centroamérica donde ese esfuerzo culmina finalmente, mediante la recuperación de lo mejor de la herencia revolucionaria latinoamericana y el despliegue de una gran capacidad de realismo, imaginación y audacia en su aplicación a las actuales condiciones de la lucha de clases.

En ello, han jugado un papel decisivo las vanguardias que encabezan los movimientos populares que allí se dan. Se trata, en muchos casos, de fuerzas nuevas, constituidas a fines de la década de 1960 o principios de los años 70; en otros casos, son fuerzas que, habiendo sido prácticamente destruidas por la ofensiva contrainsurgente, se han recompuesto en el marco de las nuevas condiciones que ésta impuso. El Frente Sandinista resume ambas situaciones, ya que recoge la experiencia de esfuerzos anteriores, que resultaron frustrados, y se constituye, en su forma actual, a principios de la década pasada. En cualquier caso, no se trata de organizaciones políticas inexpertas en los métodos clandestinos de trabajo y caracterizadas por estructuras orgánicas abiertas, como las que debieron enfrentarse a la contrainsurgencia y que fueron liquidadas por ella; ahora, esas fuerzas nacen en el seno mismo de la contrainsurgencia, han aprendido a organizarse y a trabajar en condiciones de la más estricta clandestinidad, cuentan con cuadros adiestrados en el arte de actuar bajo la represión más despiadada.

Este hecho, de por sí, ya diferencia notablemente la situación en que se da hoy la lucha revolucionaria en Centroamérica. Pero no es el único: las antiguas vanguardias de masas no fueron derrotadas

sólo por sus condiciones orgánicas y operativas, sino también y quizás sobre todo, por su política. En efecto, sobre la base de la aceleración del desarrollo capitalista de la posguerra, al surgir nuevas fracciones burguesas y registrarse roces entre ellas y la vieja burguesía exportadora, los movimientos populares se han visto convocados a participar en esas disputas y han sido influenciados fuertemente por los métodos de acción que propugnaban las fracciones burguesas ascendentes, en particular los procesos electorales, las movilizaciones amplias, etcétera. Guatemala es, en ese contexto, el caso paradigmático. Tras la imposición de los regímenes de contrainsurgencia, los movimientos populares han sido excluidos de la vida política y han debido desarrollarse en el plano extralegal; más aún, han tenido que hacer política en circunstancias en que la política es asumida como guerra por el imperialismo y la burguesía, dejándola esencialmente en manos de los aparatos armados del Estado.

Las nuevas vanguardias han actuado en función de esa realidad. Por esto, han roto con las ilusiones de alianzas estables con fracciones burguesas y con la pretensión de avanzar hacia sociedades distintas mediante la instauración y profundización de regímenes democrático-burgueses; la contrarrevolución chilena de 1973 no ha hecho sino confirmarlas en esa línea de acción. Por esto, también, han enfatizado la dimensión militar que toda lucha política comporta; el que sean hoy vanguardias armadas se deriva de la doble situación que viven: expresan movimientos populares que no se subordinan a la conducción burguesa y esos movimientos tienen que afirmarse y triunfar en condiciones de contrainsurgencia o, lo que es lo mismo, en condiciones en que la política es asumida por sus contrincantes como guerra.

De allí, se derivan las principales características que presentan hoy los movimientos revolucionarios centroamericanos. Primero, el decantamiento interno, en materia de cuadros, formas de organización y métodos. Segundo, la búsqueda de la unidad del movimiento popular, como condición central para la implementación de una estrategia de lucha independiente respecto a la burguesía o a las distintas fracciones burguesas. Tercero, una política de alianzas que, contemplando acuerdos y compromisos con sectores burgueses, no pone a ninguna fracción burguesa como parte integrante de la fuerza social revolucionaria —lo que tiene, de paso, influencia en su política de alianzas en el plano internacional. Cuarto, una estrategia político-militar, que se justifica por el hecho de que se plantea la generación del poder militar revolucionario, no en función de escisiones en las Fuerzas Armadas del régimen, sino de la incorporación de las masas a un ejército popular, conducido en forma independiente por la vanguardia.

En la defensa de la herencia revolucionaria y el desarrollo de nuevas líneas de acción, esas

fuerzas han debido trabajar prácticamente solas. No contaron con ayuda ni siquiera en el análisis de los rasgos que, en lo económico, lo social y lo político, caracterizaban a la nueva situación o en el de las experiencias de lucha que, en ese contexto, eran conducidas a la derrota. Si, en la radicalización amplia que siguió a la revolución cubana, los revolucionarios se habían beneficiado de la colaboración de sectores significativos de la intelectualidad, ahora tenían que vérselas con una intelectualidad de izquierda confundida y perpleja, incapaz de proceder a la revisión radical de los proyectos políticos fallidos y que se negaba a encarar de frente la represión salvaje desatada por las clases dominantes y los aparatos armados del Estado.

Se vivió, entonces, una situación paradójica, que rayaba la esquizofrenia. Por un lado, los aparatos represivos golpeaban sin piedad, ponían de pie a cuerpos paramilitares aún más brutales, aterrorizaban a los ciudadanos, institucionalizaban la tortura, asesinaban o "desaparecían" a los revolucionarios o dirigentes de organizaciones de masas. Por otro, en el claustro universitario o en congresos y seminarios académicos, la intelectualidad (le izquierda discutía la articulación de los modos de producción, discurría sobre la democracia, se lanzaba a elaboraciones exquisitas sobre la hegemonía. El estudio de las condiciones concretas en que se expandía el capitalismo, agravando la dependencia y la superexplotación; de las tácticas represivas que empleaban el imperialismo y los aparatos armados; del carácter del Estado que surgiera de las cenizas del pacto populista, todo ello tendría que esperar hasta mediados de los 70 para dar sus primeros pasos; y aún no le toca el turno al análisis de las condiciones en que se constituyen las nuevas vanguardias, de sus planteamientos estratégicos y tácticos, de su línea de acción independiente, de su política de alianzas nacional e internacional, de la combinación novedosa que" han logrado entre la lucha de masas y la lucha armada.

El trabajo que, en este número, publicamos sobre El Salvador es uno de los escasos esfuerzos que se han hecho en esta dirección. En él, se analiza, en el periodo de un año, la relación entre el accionar de los revolucionarios salvadoreños, en particular en el plano de la lucha armada, y el movimiento del proceso político que sigue a la instauración del actual gobierno militar-democratocristiano, con el que la reacción interna y el imperialismo norteamericano intenta detener el avance popular. Su mérito mayor reside en llamar la atención para cuestiones que ningún intelectual de izquierda responsable puede seguir ignorando, en las actuales circunstancias de la lucha de clases latinoamericana.

—Ruy Mauro Marini